

cuarenta años, daba oídos á los discursos de los envidiosos que le acusaban. Se dió un decreto en virtud del cual se obligaba á Pericles á que diera sus cuentas en presencia de mil y quinientos jueces, y él pensaba seriamente en hacerlo, cuando el jóven Alcibiades dijo un día *que valia mas que pensase en no darlas*. Así lo hizo, y dejó que el pueblo adoptase con ardor el partido de la guerra, convencido de que en tan graves circunstancias la ciudad entera se fiaria en su genio, y nadie le inquietaria ya con mas quejas.

CAPITULO VII.

Historia de la guerra del Peloponeso. Decadencia de Atenas (1).

(431-404).

Cuando los Griegos triunfaron de los Persas, y el ingenio de Cimon cesó de comprimir el violento rencor de que estaban animados unos contra otros, se entregaron á los furios de una guerra civil que duró veinte y siete años. Las causas de tan terrible lucha se encuentran en el carácter opuesto de los dos grandes pueblos entre quienes se hallaba repartida la Grecia. Los Jónios sostenian el gobierno democrático establecido por Solon, y los Dórios el sistema aristocrático fundado por Licurgo. Esparta envidiaba la suprenacia de Atenas, y los aliados de los Atenienses cansados de su dominacion no pensaban mas que en librarse de ella. Pericles, señor de Atenas, atizó aquella inmensa hoguera para que el pueblo no tuviese tiempo de perseguirle, y con el de hacerse necesario. Durante los diez primeros años de aquel gran combate, las dos naciones rivales arrasaron recíprocamente su territorio sin empreñar ninguna acción decisiva. La desgraciada expedición á Sicilia debilitó también mucho á los Atenienses, quienes á pesar de eso se sostuvieron mientras tuvieron á Alcibiades á su cabeza. Pero así que le desterraron, se acabaron para Atenas los triunfos y las fiestas. Los Espartanos se apoderaron de ella, y le impusieron un gobierno á su antojo.

I. Desde el principio de la guerra del Peloponeso hasta la paz de Nicias (431-421).

Fuerzas respectivas de los Lacédemonios y Atenienses (431).
Los Tebanos rompieron la tregua atacando á Platea, y enton-

(1) AUTORES QUE PUEDEN CONSULTARSE: Entre los antiguos Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*: su obra no se extiende mas que hasta el año vigésimo primero de esta guerra. Plutarco, *Vidas de Pericles, de Alcibiades, de Nicias, y de Lisandro*; Diodoro de Sicilia, *Bibliothèque*, l. XII y XIII; Jenofonte, *Helénicas*, etc., Cornelio, etc., etc. Entre los modernos; Rollin, Gillies, Heeren; Caix y Poirson, *Précis de l'histoire ancienne*. Nos parece que esta última obra se relata perfectamente este grande acontecimiento, y que se le considera bajo su verdadero punto de vista.

ces toda la Grecia se puso en movimiento excepto algunas ciudades que se conservaron neutrales. Todo el Peloponeso menos Argos se unió á los Espartanos, y ademas del Peloponeso tuvieron por aliados á los Megarios, Locrios, Beocios, Foecios, Ambraciotas, Leucadios y Anactorios. Atenas tuvo bajo sus banderas á Chio, Lesbos y Platea, los Mesenios de Naupacta, la mayor parte de los Arcanios, de los Corciros, de los Zacintios y de todas sus ciudades tributarias. La Caria, la Dórida, las ciudades de Tracia, todas las islas situadas al levante entre el Peloponeso y la isla de Creta, todas las Cicladas, excepto Melos y Thera, se declararon tambien á su favor. Esparta no tenia dinero ni buques, y Atenas poseia una flota magnífica, y contaba con 6,000 talentos (33 millones de francos) economizados por Pericles. Los Espartanos eran sin disputa mas poderosos por tierra; pero en cambio los Atenenses eran dueños del mar. Esta diversidad de fuerzas es una de las causas que prolongaron la lucha.

Primeras campañas (431-428.) Pericles, que se hallaba á la cabeza del gobierno de Atenas, adoptó un plan de defensa que hace ver la debilidad y timidez de su carácter durante los últimos años de su vida. Hizo comprender á los Atenenses que lo mejor que podian hacer para agotar las fuerzas de los enemigos era prolongar la guerra. Con este objeto les mandó que abandonasen sus tierras y habitaciones campestres, y que se retirasen todos á Atenas despues de llevar sus ganados á Eubea y demas islas inmediatas. Este penoso sacrificio les hizo derramar muchas lágrimas, pero lo consumaron con resignacion.

Tan luego como los Lacedemonios llegaron al Atica, principiaron á devastar toda la comarca á sangre y fuego, y llegaron á acamparse en uno de los arrabales de Atenas, esperando que con semejante bravata obtendrian que los Atenenses se presentarian al combate. Pero la elocuencia de Pericles triunfó de la impaciencia de la multitud, la cual se contentó con que se enviase al Peloponeso una flota para vengarse de los Espartanos, causándoles iguales perjuicios que los que ellos habian ocasionado á los Atenenses en su

territorio. En el espacio de tres años no hubo mas que represalias de esta naturaleza.

Peste de Atenas. Pero lo que llenó á Atenas de luto y desolacion fue la peste. « Jamás habia assolado tantos climas esta terrible plaga. Salió de Etiopia y recorrió el Egipto, la Libia, una parte de la isla de Lemnos y otros muchos paises. Un buque mercante la introdujo en el Pireo, donde se manifestó primero, y de allí se esparció con furor por la ciudad, y sobre todo por las habitaciones oscuras y malsanas en que se hallaban hacinados los habitantes del campo.

» Al cabo de dos años pareció que la plaga iba desapareciendo, y durante este intervalo se vió mas de una vez que el gérmen epidémico subsistia siempre: volvió á desarrollarse diez y ocho meses despues, y por espacio de un año se renovaron las mismas escenas de luto. En una y otra época perecieron gran número de ciudadanos, y entre ellos cerca de 5,000 hombres aptos para el servicio militar (1). »

Muerte de Pericles (428). Pericles murió tambien. Cuando estaba para espirar, los principales ciudadanos de Atenas y sus amigos que no habian sucumbido al contagio, estaban hablando de sus virtudes, del mucho poder que ejerció durante su vida, y creyendo que habia ya perdido el sentido y que no les oia, referian sus bellas acciones, enumeraban todas sus victorias, y recordaban los trofeos que habia erigido como general. Pero de repente se levantó, y haciendo un esfuerzo les dijo: *Todas estas hazañas son obra de la fortuna, que puede reclamar su parte de gloria, y hay otros generales que tambien las han hecho. Lo mas grande y glorioso que hay en mi vida es que no he hecho vestir de luto á ningun Atenense.* Estas bellas palabras fueron las últimas que pronunció tan grande hombre.

Cleon y Nicias. Despues de la muerte de Pericles, Cleon y Nicias se disputaron el poder supremo. Cleon era de baja extraccion y carecia de talento; pero era fogoso, apasionado, conquistaba la multitud con sus bufonadas y halagos, y do-

(1) Viaje del jóven Anacarsis.

minaba las asambleas con su audacia y altivez, desplegando en todos sus discursos la vehemencia y furor de un tribuno. Su reinado hace época en la historia de Atenas, porque en él se inauguró la turbulenta y desenfrenada democracia que reemplazó á la república moderada de Solon. Los hombres de bien escogieron á Nicias para hacerle oposicion, porque este, á pesar de sus ideas aristocráticas, se habia granjeado la confianza y amistad del pueblo con su liberalidad y dádivas. Era también muy recomendable por sus raros talentos militares; pero por desgracia su excesiva timidez le hacia indeciso en todas ocasiones. Sus frias palabras no tenían fuerza alguna sobre el pueblo de Atenas que estaba por las emociones fuertes y enérgicas. Por esta razon sus prudentes consejos no prevalecieron nunca contra las furibundas declamaciones de su rival.

Hazañas militares de Cleon (426). Durante los primeros años despues de la muerte de Pericles, los triunfos fueron casi iguales. Los Atenienses se apoderaron de Mitilene que se habia separado de su partido para unirse á sus contrarios, y los Lacedemonios se hicieron dueños de Platea, aliada de Atenas, cuya guarnicion se cubrió de gloria por su heroica resistencia (427). En seguida Demóstenes, general Ateniense, conquistó y fortificó á Pilos, de la Mesenia (426). Los Espartanos que fueron a socorrer aquella importante plaza, se vieron bloqueados en la isla de Esfacteria, y sus conciudadanos enviaron embajadores á Atenas para ajustar la paz. A pesar de que toda la Grecia estaba interesada en poner término á tan deplorable division, Cleon se opuso á ello, y el pueblo se arrepintió muy luego de haber seguido su dictámen. Se supo que los Atenienses principiaban también á escasear de víveres, y ya se murmuraba contra Cleon porque se habia opuesto á todo arreglo. Este diestro demagogo tuvo la avilantez de echar la culpa á Nicias, acusándole de timidez y de flojedad, y se atrevió á decir que si él hubiera estado encargado de la espedicion no habria ya que temer los enemigos. ¿Pues porqué no te embarcas al momento para ir á combatirles? exclamaron los Atenienses. Nicias dijo

lo mismo, y cedió á Cleon el mando de la espedicion contra Pilos.

Al principio el nuevo general se vió muy embarazado con su mando, y durante mucho tiempo se disculpó con su ignorancia é incapacidad en el arte de la guerra. Pero el pueblo no quiso hacerle caso, tomó seriamente la broma, y con tal de divertirse no titubeó en confiar una escuadra y la salvacion del ejército á la inexperiencia de un vil curtidor. Cleon, que no se cortaba por nada, adoptó de nuevo su papel de declamador, y al embarcarse exclamó que dentro de veinte dias traeria á Atenas prisioneros los Espartanos. Causó risa esta enfática profecía, como la habian causado todas las demas extravagancias y locuras que habia hecho; mas sin embargo de eso se realizó lo que dijo. Los Espartanos tuvieron que rendirse, y Cleon los hizo cautivos segun lo habia anunciado.

Poder de Cleon (426-422). Esta victoria fue mas funesta para los Atenienses que una derrota. Avergonzó á Nicias, y disminuyó mucho su crédito, mientras que elevó á Cleon hasta las nubes y le hizo omnipotente. Desde aquel momento afectó en todo una audacia y altivez que nada pudo reprimir. Despreciando toda regla, se presentaba en las asambleas con una libertad que degeneró en desenfreno. Cuando se suscitaba una discusion, gritaba cuanto podia, se echaba atrás la túnica, daba grandes pasos en la tribuna, y afectaba un desprecio del decoro que despues se hizo universal. Sus escandalosos ejemplos apresuraron la corrupcion de las costumbres, y sus furores imposibilitaron toda reconciliacion entre los Atenienses y Espartanos.

Muerte de Cleon (422). Pero no tardó en expiar su temeridad. Los Atenienses, felices durante los dos años que siguieron á la toma de Esfacteria, se encontraron de repente oprimidos por los mayores reveses (424). Fueron vencidos en Delio adonde Sócrates salvó la vida al joven Jenofonte; y el Espartano Brasidos unido á Perdicas, rey de Macedonia, les tomó Estagira, Acanta, Aeta, Escitonia, Palena, Esciona y Anfipolis. Los Atenienses dieron el mando de sus tropas á

Cleon, que sin disputa era el hombre menos capaz de luchar ventajosamente contra la experiencia, valor y talento de un general como Brasidas, de modo que la victoria no fue dudosa ni un solo instante. El astuto Espartano dejó que su imprudente adversario se metiera torpemente al rededor de Anfipolis, y despues cayó sobre él de repente, y derrotó enteramente el ejército. Cleon pereció á manos de un soldado que le alcanzó en su fuga; pero Brasidas fue tambien victima de su triunfo. Le hicieron funerales públicos, y los habitantes de Anfipolis honraron anualmente su memoria con juegos, combates y sacrificios. Su madre, oyendo un dia que algunos le tenian por mas valiente que ningun otro: *Os equivocais, exclamó, mi hijo era valiente; pero hay en Esparta mil ciudadanos que lo son mas que él.* Este solo dicho pinta admirablemente el carácter espartano.

Paz de Nicias (421). Como Brasidas y Cleon eran los mas apasionados á la guerra, su muerte permitió á los Lacedemonios y Atenenses el ajustar la paz, que unos y otros deseaban hacia mucho tiempo para reparar sus pérdidas. Despues de muchas conferencias entre Nicias y Plistonax, rey de Esparta, se firmó un tratado de paz por cincuenta años. En su principal artículo se estipuló que se devolverian mutuamente todas las ciudades que se habian tomado unos á otros, y en el mismo estado en que se hallaban antes de principiar la guerra. Los Atenenses enviaron á Esparta todos los prisioneros que hicieron en Esfacteria, y celebraron á porfia una paz que les libraba de todos sus males. Segun dice Plutarco, no hablaban mas que de Nicias; le ensalzaban como un hombre querido de los dioses, y le llamaban su libertador. Por eso dieron su nombre al tratado, diciendo que era su obra, así como la guerra habia sido la obra de Pericles.

§ II. Desde la paz de Nicias hasta el fin de la expedicion de Sicilia (421-412).

Alcibiades (421). Semejantes demostraciones de alegría eran muy vanas, porque no podia durar mucho una paz que

descontentaba á la mayor parte de los aliados; y como el gobierno de Atenas caia en manos de Alcibiades, no era posible que con su genio inquieto dejase á la Grecia tranquila. Plutarco pintó su carácter aplicándole lo que dijo Homero del Egipto, *que á causa de su fertilidad abunda en buenos y malos frutos.* Y en efecto, era una de esas almas enérgicas y fecundas, que tan pronto se entregan á los mas espantosos desórdenes, como se honran con las mayores virtudes. Fue discípulo de Sócrates; pero aunque apreciaba las prudentes máximas de su entendido maestro, estuvo muy lejos de ajustar á ellas su conducta. Sus primeros años fueron muy borrascosos; pero lo mas notable en él fue que aun abandonándose á las pasiones mas desenfrenadas, conservó siempre tal flexibilidad de carácter, que no le costaba trabajo alguno adoptar las costumbres de los hombres entre quienes se hallaba. En Atenas era el mas relajado, espiritual y elocuente de todos los Atenenses: en Esparta se admiraron de su templanza, fuerza y valor, como si hubiera sido educado segun las leyes de Licurgo; entre los Persas desplegó una gracia, un lujo y una magnificencia que le hicieron pasar como el primer sátrapa y cortesano del gran rey. En una palabra, segun se ha dicho con razon, era mas bien un conjunto de muchos hombres, que un hombre regular. Era al mismo tiempo sério y alegre; austero y afable; amo imperioso y altanero, y esclavo vil y bajo; amigo de la virtud y de los hombres virtuosos y entregado al vicio y á los malos; por último, era capaz de soportar las fatigas de la vida mas penosa, é insaciable de delicias y deleites (1).

Su magnificencia. Lleno de una ambicion ilimitada, se sirvió de sus riquezas para multiplicar sus partidarios y amigos. El encanto de su elocuencia, que pasaba por la mayor maravilla de aquel ilustrado siglo, le hizo dueño de la multitud; y para que no se notasen sus defectos, la deslumbró con el brillo y magnificencia de que se rodeaba. No se hablaba de otra cosa que de sus carros y corceles, y de las victorias que

(1) Rollin.

alcanzaba en los juegos olímpicos; y á él le gustaba que el pueblo se ocupase de tales bagatelas, porque á lo menos entre tanto no censuraba sus escándalos. Una vez para distraer la atención de los murmuradores hizo cortar la cola á un magnífico perro que había comprado por más de 1,000 talentos, privándole así de su mayor mérito. Sus amigos lo llevaron muy á mal, y le dijeron que semejante acción hacia que hablasen mal de él. *Pues eso es precisamente lo que yo deseaba*, les contestó riéndose; *mientras que los Atenienses hablen de mi perro no dirán nada de mí.*

Sus primeras hazañas antes de la guerra de Sicilia (421-417). Nicias estaba muy distante de poder contrapesar la autoridad de un hombre que conocía tan perfectamente el carácter frívolo de los Atenienses. El ardiente discípulo de Sócrates deseaba la guerra para hacer brillar su talento, y principió por unirse á los Argivos para formar en el centro del Peloponeso una liga capaz de disputar la supremacía de Esparta. Los Espartanos enviaron al instante una embajada á los Atenienses para terminar todas las contiendas; pero Alcibiades engañó á los embajadores y frustró sus negociaciones. En seguida envió socorros á los Argivos y á sus aliados, y les ayudó á que se apoderasen de Orcomena en Arcadia, y á que pusieran sitio á Tegea (419). Pero la serie de estos gloriosos triunfos se interrumpió repentinamente con la derrota de los Argivos en Mantinea (418). Atenas se vengó de este revés que había conmovido la fidelidad de sus aliados, conquistando á Melos y exterminando todos sus habitantes, exceptuando únicamente á los niños menores de catorce años (416).

Expedición contra Sicilia (415). Entonces fue cuando Alcibiades inspiró nuevamente á los Atenienses el deseo de las conquistas lejanas de que Pericles les había disuadido siempre. Lisonjébalos con las más brillantes esperanzas, y no les hacía ver en aquella primera expedición sino el preludio de una serie de acontecimientos más maravillosos todavía. En sus ensueños la Sicilia debía servir de almacén ó depósito general de sus provisiones de guerra, y desde allí se prome-

tía llevarles á la conquista de Cartago y del Africa, hacerles pasar por Italia y apoderarse del Peloponeso. Los hombres prudentes no esperaban cosa buena de aquella empresa; pero los jóvenes, alucinados por su elocuencia, escuchaban con anhelo todo lo que los ancianos les contaban de la expedición, y pasaban días enteros dibujando en la arena el contorno de la Sicilia, el plano de Cartago y el mapa de Africa.

De la Sicilia antes de esta expedición de los Atenienses. La Sicilia, habitada primero por los pueblos fabulosos de los Lestrigones y Ciclopes, tomó el nombre de *Tinacria* á causa de su forma triangular y de los tres promontorios en que se termina. La raza de los Sicanios, originaria de España, se estableció después en aquella comarca hacia el siglo XIV antes de Jesucristo, y le dió el nombre de *Sicania*. Al cabo de unos cuatro siglos después llegaron los Siculos, que era un pueblo de Iliria, y la llamaron *Sicilia*, cuyo nombre conserva todavía. Las costas fueron ocupadas por una multitud de colonias que salieron de Tiro, Troya, Cartago y Grecia.

« El origen de estas últimas era dórico en parte. Las ciudades de origen dórico eran: Mesana y Tindaris, fundadas por los de Mesina; Siracusa, colonia de Corinto y que á su vez fundó á Acra, Casmene y Camarina; Híbla y Tapso fundadas por los de Megara; Segesta por algunos Tesalios; Heraclea Minoa por algunos Cretenses. Gela fundada por los Ródios y fundadora de Agrigento; Lipara, en la isleta de este nombre, colonia de Cnida.—Entre las ciudades de origen jónico se contaban: Naxos, fundadora de Leontium; Catana y Tauromenium fundadas por los de Chaleis; Zancle (que tomó el nombre de Mesana desde que los Mesenios se establecieron en ella) fundada por los de Cumas, y que á su vez fundó á Himera y Mila (1). »

Siracusa era la ciudad más importante de todas las que acabamos de enumerar. Durante el primer período de su existencia, es decir, desde su fundación hasta el reinado de Gelon (735-484), tuvo un gobierno republicano. Gelon, rey de Gela, se apoderó de ella, y desde aquel momento el régimen monárquico, que se designaba en aquel tiempo con el deshonroso nombre de tiranía, reemplazó á las instituciones democráticas. No obstante, la tiranía fue tan útil y gloriosa para Siracusa, como lo fue para Atenas la de Pisistrato. Gelon libertó la Sicilia de la opresión, obteniendo contra los Cartagineses, aliados de los Persas, la brillante victoria de Panormia (480). Agrandó á Siracusa, aumentó considerablemente su población, se granjeó el afecto de todos sus vasallos,

y mereció ser llorado despues de su muerte como gran rey y como héroe (477). Geron ó Hieron, su hermano, hizo florecer mientras reinó las artes, las ciencias y las letras, y consolidó su poder llamando nuevos habitantes á Siracusa, Catana y Naxos (467). Pero Trasíbulo que le sucedió, se hizo detestar por sus crueldades. El pueblo se sublevó contra este feroz tirano, le precipitó del trono, y desde entonces principió una nueva era para Siracusa. Se restableció el gobierno republicano, y esta época de libertad fue el período mas brillante de la historia de los Siracusanos. Sometieron á Agrigento y otras muchas ciudades, é intervinieron en una contienda que se suscitó entre Segesta y Selinunta, proponiéndose apoderarse de ambas ciudades luego que sus discordias las hubiesen aniquilado. Los Atenienses se mezclaron tambien en la querella, y se declararon en favor de los Segestanos contra los Dórios de Siracusa y sus aliados. De manera que no fue mas que la continuacion de la lucha de los Jonios con los Dórios, si bien el teatro de la guerra no era el mismo.

• *Salida de los Atenienses* (415). Los Atenienses dieron el mando de su flota á Alcibiades, Nicias y Lamaco. Este, aunque mas jóven que Alcibiades, era tan ardiente y vivo como él, y esperaban que la prudencia de Nicias moderaria la audacia y fogosidad de los otros dos generales. Tal fue al motivo que indujo el pueblo á elegirle, porque él estuvo tan distante de solicitar ni desear la honra de mandar la expedicion, que hasta se opuso muy vivamente á los planes de Alcibiades, y los combatió cuanto pudo. Pero las falsas y engañosas promesas de los Pegestanos y la persuasiva elocuencia de su rival, cautivaron los votos de la multitud, y fue preciso resignarse á obedecer.

Antes de su marcha se vieron los Atenienses afligidos por malos presagios. Acababan de celebrarse las fiestas de Adonis, y en la ciudad no se oian mas que gemidos y lágrimas; todas las estátuas de Mercurio habian sido derrocadas y mutiladas durante la noche, sin que pudiera saberse quiénes habian sido los autores de tamaño sacrilegio. Acusaron de él á Alcibiades y á los jóvenes que se hacian instrumentos de sus placeres y compañeros de sus desórdenes. Confiado en la indulgencia del pueblo á quien habia

embriagado con sus lisonjas y promesas, pidió que la acusacion se discutiera y sentenciase inmediatamente. Pero por mas que representó al pueblo lo injusto y cruel que era el hacerle marchar para una expedicion tan importante dejando tras de sí unas acusaciones calumniosas que le inquietarian sin cesar, se le respondió que la flota no podia esperar, que debia partir con la esperanza del triunfo, y que cuando se acabase la guerra se le juzgaria con arreglo á las leyes.

Marchó pues, y fué á aterrorizar á todos los Sicilianos. Pero apenas llegó la flota á Regio donde desembarcaron las tropas, estalló la division entre los generales que la mandaban. Alcibiades fue el primero que propuso su plan de campaña. En su opinion era preciso atacar primero á la Sicilia, separar á los Griegos que la habitaban de su alianza con los Siracusanos, y caer en seguida sobre estos últimos. Nicias, segun su costumbre, queria contemporizar, negociar con los enemigos, obligarles á admitir las condiciones que se les dictasen, y volverse á Atenas despues de haberles intimidado. Lamaco decia que era mejor y mas seguro marchar directamente contra Siracusa, y aprovecharse de su terror y sorpresa. Este consejo era sin duda el mas prudente; pero como nadie le sostuvo, abandonó su dictámen, adoptó el de Alcibiades, y se dió principio á la guerra con la toma de Catana.

Destitucion de Alcibiades. Mientras que Alcibiades trabajaba para aumentar la gloria de su patria, sus enemigos tramaban su pérdida. Ademas de la mutilacion de las estatuas, le acusaron tambien de haber profanado los misterios, y le presentaron como enemigo de la constitucion de Atenas. Todos sus parientes y amigos fueron indignamente maltratados por el pueblo, suponiéndoles cómplices de sus culpas, y se le envió el navio de Salamina (1) mandando al piloto no que hiciera prisionero á Alcibiades, sino que le intimase la órden de que se presentara á justificarse delante del pueblo.

(1) Era un navio sagrado de que no se hacia uso sino en algunas circunstancias extraordinarias, como la presente.